

Ahí lo teneis, adoradores de otras costumbres: un mancebo de la reina de España prende al futuro rey de los españoles, en presencia del rey, de la reina, de la servidumbre, de la corte, de todo el mundo.

Y todo el mundo hace cortesías y reverencias al mancebo de la señora; y no faltará quien cante alabanzas á la moral de los mancebos.

Se habla de robos.

¿No robó el feudalismo la mitad de España?

¿No robaron los reyes absolutos el patrimonio de la Corona, que valia miles de millones?

¿No robó la Iglesia el veinte por ciento de la riqueza nacional, que no bajaría de quince millones de arrobas de oro?

Claro es que no justifico que el presente robe: no oculto ladrones en mi casa, ni ayer, ni hoy: pero ¿cómo se habla del robo actual, cuando el pasado no es otra cosa que un robo continuo, un robo eterno?

¿Cómo se habla de los robos de nuestra época, que yo condeno con toda mi alma, cuando el pasado no es más ni ménos que UNA GRAN PARTIDA DE GRANDES LADRONES?

Recorred á España.

¿Veis palacios y más palacios, alcázares y más alcázares, así de reyes, como de nobles, como de obispos, como de patriarcas, como de nuncios?

No preguntéis á nadie por su historia: todos esos palacios son robos, sin contar otros muchos que no se ven.

Y ¡son tantos! Y ¡tan cuantiosos! Y ¡están tan á las claras!

Se habla de anarquía.

Pero ¿no teníamos anarquía cuando habia en España doscientos señores feudales, que eran otros tantos reyvelos anárquicos?

¿No teníamos anarquía cuando el rey perdonaba á un vasallo, mientras que el Santo Oficio lo cogía y lo achicharraba en presencia del rey?

¿No teníamos anarquía cuando publicábamos una pragmática, y la Iglesia de España excomulgaba la ley española?

¡Anarquía! ¡Tienen la indiscreción de hablarnos de anarquía!

Pues ¿no teníamos anarquía en nuestro país, en Europa, en el mundo, cuando la sola Compañía de Jesús, unos jesuitas, turbaron el orden en el Asia, en la América, en Francia, en España, en Portugal y Nápoles?

¡Leed la historia de las Dos Sicilias, y hablad luego!

¡Cómo! ¿No teníamos anarquía en España, en Europa, en la cristiandad, en el mundo, cuando un Pontífice excomulgaba á todo un país, á todo un reino, como ha sucedido mil veces, haciendo pedazos las instituciones, los pueblos, las familias?

¡Leed la historia de la Roma papal; leed la historia de esa Pentápolis de Occidente, de esa gran Sodoma europea, de ese *Paraiso perdido* de Milton; id á los archivos del Vaticano, de la Minerva, de Ferrara; id á la biblioteca laurenciana de Florencia; leed, medita, horrorizaos, y hablad despues, si la lengua es tan poco mirada, tan poco juiciosa, tan atrevida, tan insolente que se presta á ello.

¡Anarquía! Pues qué, ¿no teníamos anarquía en España, en Europa, en toda la tierra, cuando un Papa romano tuvo que excomulgar á la misma Roma? ¿No teníamos anarquía, anarquía interior, disolvente, profunda; la

anarquía de los espíritus, la anarquía de las conciencias, la anarquía de los sentimientos, cuando en presencia de un San Bernardo excomulgó un Pontífice á la Ciudad eterna?

¿No teníamos anarquía cuando un hombre que llena todos los tiempos medios, una de las figuras más colosales de la Iglesia griega y latina, uno de los primeros sábios de entonces, el primer orador de su siglo, acaso el primer orador de la cristiandad, el grande San Bernardo, tuvo que predicar el fin del mundo, sabiendo muy bien que predicaba una mentira?

San Bernardo sabia muy bien que no se acercaba el Juicio; sabia muy bien que su predicacion era una falsedad; sabia muy bien que, cuando llegue la hora extrema, si llega alguna vez, *ninguna criatura, sea cuerpo, sea espíritu, tendrá noticia de aquella hora; ni aun los ángeles*: San Bernardo sabia que engañaba al mundo; pero tenia que engañarlo para no perderlo.

Lo engañaba, es verdad; pero tenia que engañarlo para procurar redimirlo.

¿Cómo estaria Europa, cuando para arrancarla de la diabólica confusion de aquella anarquía, tuvo un San Bernardo que engañar á la cristiandad de su siglo, aceptando el horrible infortunio, el heroísmo horrible de tener que pasar por un embustero fanático ante la conciencia de la historia?

Se habla de anarquía, cuando para evitar la increíble anarquía del pueblo cristiano, tuvo un grande santo que acudir á la superchería del Juicio final.

¿Anarquía! Pues y ¿los cismáticos? Y ¿la anarquía de Prusia, Rusia y Grecia?

Pues y ¿los herejes? Y ¿esa anarquía formidable de la misma Italia, de la misma Roma, del mismo papado, puesto que más de un Papa fué declarado hereje por los Concilios?

¿Anarquía! Y ¿las guerras de religion? Y ¿esa anarquía que desoló á Europa? ¿No os acordais? ¿Qué nos decís? ¿Qué quereis de nosotros?

Gritan los partidarios de la primera culpa, los que creen en la eternidad del pecado, los que niegan la misericordia divina, los que anulan la pasión cristiana: gritan esas gentes que hoy tenemos mucho ruido.

Se quejan de la bulla, y ellos son los más bullangueros.

Se quejan de los gritos, y ellos son los primeros que gritan.

Pues si no quereis gritaría, ¿por qué gritais vosotros? Si vosotros sois los ruidosos más tenaces, ¿cómo quereis que no haya ruido?

¡Ah! Si cuando gritais os pusieran una mordaza, como acontecia en vuestros callados y sigilosos tiempos, yo os juro que de otra manera opinaríais.

Cuando la mordaza, cuando el hierro hiciera brotar sangre de vuestros labios, ¿qué opinion formaríais de vuestros tiempos mudos?

Se habla de ruido.

¡Poder de Dios! ¿Quereis silencio?

Ahí teneis el nicho de los camposantos.

Ahí teneis las mazmorras de los calabozos.

Ahí teneis el silencio de las capillas.

Ahí teneis el silencio de las clausuras, de los subterráneos de la Inquisición, de los actos de fé, de los tormentos, de las horcas.